



Aviso Legal

Artículo de divulgación

Título de la obra: Las peregrinaciones en la Nueva España

Autor: Costa, Horácio

Forma sugerida de citar: Costa, H. (1995). Las peregrinaciones en la Nueva España. *Cuadernos Americanos*, 5(53), 34-44.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, año IX, núm. 53, (septiembre-octubre de 1995).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, este artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional).
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México.
Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe
Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510,
Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ **Atribución:** usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ **No comercial:** usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ **Sin derivados:** si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

LAS PEREGRINACIONES EN LA NUEVA ESPAÑA*

Por Horacio COSTA
FACULTAD DE FILOSOFÍA
Y LETRAS, UNAM

AL COMENZAR el décimo y último canto de *Los Lusíadas*, Luis de Camões dice:

Mas já o claro amador de Larisseia
adúltera inclinava os animais
lá *pera* o grande lago que rodeia
Temistitão, nos fins Ocidentais.

(*Lus.* x, 1-4)

Más allá del registro mitológico clasicizante del cual es deudora la épica camoniana, lo que la imagen del dios Apolo, este “claro amador” de Coronis, la ninfa nacida en Larisa, testimonia en esta parte del poema es la conciencia de Camões de la redondez de la tierra —un hecho nuevo, todavía sorprendente en el tercer cuarto del siglo XVI. Si no, veamos.

Escrito, como sabemos, en su mayor parte en el Oriente, *Los Lusíadas*, al mencionar de paso la entonces hacía poco conquistada Gran Tenochtitlán azteca, cuyo nombre en el poema aparece lusitanizado bajo la forma fonéticamente más familiar de Temistitão, reitera la visión, vertebradora del poema, de un mundo en proceso de articulación a partir de la empresa de las navegaciones. La cuarteta que inaugura el Canto X narra un movimiento cinematográfico: el carro de Apolo, cuyos animales se inclinan hacia el Oriente en la hora de la puesta del sol, se irá a esconder en el lago que, en la época, circundaba la famosa metrópoli lacustre del Nuevo Mundo, cuyas pirámides y riquezas tanto excitaban la imaginación de los europeos en busca de nuevos espacios para conquistar e incorporar a

* Texto publicado en portugués en *Colóquio-Letras*, 132-133 (1994), pp. 67-76.

su sistema que entonces se mundializaba. Al extenderse al Extremo Oriente, más allá de las márgenes asiáticas del Pacífico y del Índico en las que Camões transita verso a verso, la imagen acrisola la redondez del globo: al oriente del oriente está el extremo occidente, México, la Nueva España, parte ya comunicada, y como nos indica este pasaje del poema, también ya asentada en el imaginario poético del universo ibérico de entonces, no sólo por el lado español, lo que era previsible, sino también por el portugués.

En este pasaje de Camões tenemos, quizá, la más explícita indicación de la reformulación, en el ámbito de la literatura portuguesa moderna —esto es, en aquella que se afirma después de avanzado el proceso de las navegaciones—, de la red de referencias poético-culturales intraibéricas, que afianza la mutua contaminación entre las literaturas de lengua portuguesa y castellana desde su origen medieval, dando motivo a un tejido que diríamos forma un subsistema literario perceptible en ambas, de carácter evolutivo a lo largo de la historia de sus relaciones. No por casualidad, como tuve oportunidad de estudiar en otro escrito,¹ un nombre como el de Gil Vicente halla asilo en ambas literaturas; no por casualidad, por la parte española del mundo ibérico, el primer poema que publica Góngora conmemora la edición de la traducción de Luis de Tapia de *Los Lusíadas* en 1580; no por casualidad, por la parte portuguesa, todo un periodo literario, que coincide con el de la Unión Ibérica, puede ser denominado “bilingüe”, ya que los más expresivos nombres de la literatura portuguesa de entonces, como don Francisco Manuel de Melo, escribían indistintamente en español o en portugués.

Dejando de lado la puntualización de las relaciones literarias intraibéricas, esto es, las que se dan entre las dos metrópolis en este periodo, ya de sobra estudiadas —como, por ejemplo, en el libro *El gongorismo en Portugal* de José Ares Montes—, poca atención, mientras tanto, ha sido dada a la posible ascendencia de las obras escritas en lengua portuguesa sobre la gran producción literaria de las colonias españolas en América. Si exceptuamos la frecuente mención a *Los Lusíadas* en la crítica literaria hispánica como uno de los antecedentes de partes del poema épico *La Araucana* de Alonso de Ercilla (1569-89) o, por otro lado, la famosa “Carta Atenagórica” (1690) de Sor Juana Inés de la Cruz, tan bien estudiada por Octavio

¹ Véase: “O Centro está em todas partes”, *A Palavra Poética na América Latina: Avaliação de uma geração*, São Paulo, Fundação Memorial de América Latina, 1992. En su versión castellana “El centro está en todas partes”, dicho ensayo fue publicado en *Textual* (México), núm. 13 (febrero de 1991).

Paz en su *Sor Juana Inés de la Cruz o las trampas de la fe*,² en la que la monja-poetisa novohispana discute el "Sermón de la Montaña" del padre Vieyra, cuyas obras hacía poco que habían sido traducidas al castellano, poco se sabe de la contribución literaria escrita en portugués a las nacientes literaturas del Nuevo Mundo español.

Apartándonos del registro de aquello que se convino en llamar "alta literatura" —en este caso, tanto la poesía épica como la oratoria sermocinal—, ejemplos acabados del *high style* de una época y de una *forma mentis*, en el presente trabajo quiero dedicarme a señalar un posible nexo entre *Las peregrinaciones* (1614, primera edición póstuma) de Fernán Mendes Pinto (¿1509?-1583), clásico de la literatura portuguesa de los descubrimientos, una de las pocas obras afines a la picaresca a la española en tierras lusitanas y, como menciona Antonio José Saraiva en su prólogo a la edición crítica del libro,³ antecesor algo divergente de la literatura europea de viajes del siglo pasado, con la primera novela novohispana, el breve relato *Infortunios de Alonso Ramírez* (1690), cuyo autor es el mayor sabio mexicano del periodo colonial, el humanista, explorador y cartógrafo don Carlos de Sigüenza y Góngora (1645-1700) —por cierto, uno de los pocos aliados intelectuales con los que contó Sor Juana Inés de la Cruz en la polémica que se siguió a la publicación de la "Carta Atenagórica" y que terminó por llevar al silencio y a la ruina a la poetisa novohispana.

Después de agotado todo el lentísimo recorrido de las licencias exigido por la Censura Real y por el Santo Oficio de Lisboa, a partir de su publicación en portugués *Las peregrinaciones* gozaron de un extraordinario éxito en Europa. Estimulado por el interés que demostrara por el manuscrito de la obra Felipe II, quien al parecer al final de su vida pedía le fuesen leídos fragmentos del libro, ya en 1620 el licenciado (en Derecho Canónico) Francisco Herrera Maldonado hacía publicar su traducción al castellano, a la cual

² Octavio Paz, *Sor Juana Inés de la Cruz o las trampas de la fe*, México, FCE, 1983, caps. 1 ("Carta de más"); 2 ("La 'Respuesta'") y 3 ("Y las respuestas") de la "Sexta Parte" del libro (pp. 511-565).

³ Fernão Mendes Pinto, *Peregrinação e Outras Obras*, Lisboa, Livraria Sá da Costa, 1981 (en 4 volúmenes); ed. crítica, con prefacio, notas y estudio de Antonio José Saraiva. En su prólogo, el crítico portugués dice que Mendes Pinto "se anticipó a la literatura exotista del siglo XIX, procurando, tres siglos antes, dar expresión a un estilo específicamente oriental", anticipando que Mendes Pinto diverge del "escritor turista" del siglo pasado porque en él se halla "una adhesión sincera y emocionada al mundo maravilloso que recorrió. No es un turista, es un hombre que no se cansa de aprender...", "Prólogo", pp. XLIII-XLIV.

siguen sucesivamente versiones al francés, inglés y, posteriormente, al alemán. La traducción española de Herrera Maldonado reimpresa en 1627 y 1645 y recientemente reeditada por José Agustín Mahieu,⁴ discrepa del original en más de un punto. Antes que nada, adapta el estilo llano de Mendes Pinto, cuyo mayor atractivo para el lector contemporáneo es su carácter poco pretencioso de registro oral, a la dicción culterana entonces en boga en la corte española, optando por una versión enjundiosa, que deja lejos la literalidad. Siendo así, el texto en castellano abandona lo que Herrera Maldonado llama "estilo mendicante" del portugués, con la finalidad de tornarlo más adornado "de conceptos y sentencias",⁵ según explica el propio traductor, de lo que resultan no sólo una versión considerablemente más extensa que la original, sino también, y más allá del lenguaje diferente, innumerables desvíos de sentido.

De un modo general, es una versión evidentemente pensada en función del examen censor, embellecida con giros retóricos y con fragmentos píos, aquella a la que tuvieron acceso los lectores en lengua castellana, entre los cuales se encontraba probablemente Sigüenza y Góngora. En este punto conviene recordar que no sólo en esta traducción podrían haber circulado *Las peregrinaciones* en la Nueva España. Como nos enseña Irving A. Leonard, una buena biblioteca en el imperio colonial español contenía, casi de rigueur, libros en italiano y latín, además de uno que otro ejemplar de *Los Lusíadas*, tanto en traducción como en portugués;⁶ tomando en consideración, además de esto, la presencia de una fuerte colonia portuguesa en la ciudad de México en el periodo de la unión ibérica —como menciona Francisco de la Maza—,⁷ no es improbable, no obstante la falta de documentación fehaciente, que otros libros portugueses, fuera de los de Camões y Vieyra, entre ellos *Las peregrinaciones*, circularan en el ambiente culto de la Nueva España.

A pesar de las diferencias en el lenguaje e incluso en el contenido de ciertos pasajes de la obra, por la "restauración" del texto a manos de Herrera Maldonado, claro está que las andanzas

⁴ Fernão Mendes Pinto, *Las peregrinaciones* (según la traducción del Licenciado Francisco Herrera Maldonado, canónigo de la Santa Iglesia Real de Arbas, publicada en 1620, revisada y completada por José Agustín Mahieu), Madrid, Alfaguara, 1982, 898 págs.

⁵ Cf. la introducción de J. A. Mahieu (véase *supra*), p. XXXVII.

⁶ Irving A. Leonard, *La época barroca en el México colonial*, México, FCE, 1974, véase cap. VI ("El extraño caso del curiosocoleccionista de libros"), p. 146.

⁷ Francisco de la Maza, *La Ciudad de México en el siglo XVII*, México, FCE, 1968, pp. 17 ss.

del autor, narradas en primera persona en *Las peregrinaciones*, se mantienen invariables. Tanto en la versión "mejorada" de su traductor español como en el original portugués, la narrativa de Mendes Pinto reveló a los lectores de la época un mundo desconocido. La narración de las desdichas del aventurero y marinero portugués por tierras de *léquios* —como eran conocidos en la época los japoneses—, de *batas* y *aarús* —habitantes del espacio que hoy corresponde a Malasia y Singapur—, sus incursiones en China, donde conoció a San Francisco Javier, en cuyo seguidor y traductor habría de convertirse, y sus desventuras por las tierras que los chinos llamaban "Pestaña del Mundo", las actuales islas Célebes, a lo largo de veintiún años (de 1537 a 1558), en los cuales —cito al autor— fue "trece veces cautivo y diecisiete vendido", y se desempeñó sucesivamente como criado de hidalgo, soldado, agente de negocios, pirata, mercader, médico del rey de Bungo, vagabundo y embajador de la corte portuguesa, no podrían dejar de excitar la imaginación no sólo de europeos sino también de todos aquéllos que, en la época, de forma directa o indirecta se exponían a las vicisitudes humanas que el proyecto expansionista occidental acarrea.

Como ya se apuntó, *Las peregrinaciones*, al identificarse con la picaresca y, por eso mismo, al distanciarse del modelo caballeresco y nacionalista —o, si se prefiere, eurocéntrico— de *Los Lusíadas*, representaban para los lectores otra faz de la aventura europea en Asia, una alternativa hábil en la que las mezclas civilizadoras de la sociedad en expansión, a pesar de estar cribadas por el código piadoso necesario para el *placet* de la Inquisición y la censura, se transparenta. La narrativa poderosa de Mendes Pinto tiene, por tanto, un doble valor en el ámbito de la literatura quinientista: el primero, eminentemente histórico-literario, ya que se constituye en un ejemplo, sabroso por cierto, del momento formativo de la prosa en portugués, un eslabón entre la "lengua bárbara" de Fernán Lopes y la "lengua acabada", formalmente desarrollada, de Antonio Vieira, cuya consideración es necesaria para comprender la evolución de la "lengua literaria" de nuestro idioma. Agréguese a esto que *Las peregrinaciones* poseen, todavía, un rasgo estilístico de gran actualidad, la digresión, estilema que, sumado a la ironía y a la autoironía que caracterizan el discurso picaresco, tantas y tan profundas marcas habría de imprimir en el devenir de esta misma "lengua literaria", de los *Viagens na minha terra* de Almeida Garrett (1845) a las novelas recientes de José Saramago.

A su vez, el segundo valor del relato de Mendes Pinto es, para decirlo en una sola palabra, ideológico, ya que indica, de modo

no menos ejemplar, la inteligencia crítica del hombre lusitano frente a un proyecto imperial pensado de espaldas a los intereses de la nación que tuvo que soportarlo y que debido a él llegaría a su completo agotamiento. Al demostrar en la relación de su peregrinaje los límites estructurales —morales y organizacionales— de un imperio presuntuoso y algo pútrido, a través de lo que se presentaba a los ojos del europeo como el no-límite geográfico del Oriente en proceso de descubrimiento, Mendes Pinto, disfrazado de pícaro que constantemente se refiere a sí mismo como el “pobre de mí”, establece un nuevo límite, un límite *literario crítico*, dado por el ejercicio de su voz autoral. Entre el registro de ésta y la descripción del hecho histórico —la empresa de expansión portuguesa vinculada a la narración de los abusos lusitanos en el Extremo Oriente—, y en asociación con el estilema digresivo-irónico mencionado, vemos que el relato está punteado por una constante alegórica, que se acrisola en ciertos momentos paradigmáticos que tienen por finalidad hacer explícita la perspectiva ideológica del autor.

Por ejemplo, recordemos tan sólo el episodio —o, como quiere Rebecca Katz en su libro *Sátira e anti-cruzada na ‘Peregrinação’*—, del “reportaje” que Mendes Pinto hace del castigo que el capitán Antonio de Faria, a quien acompaña en sus andanzas como marino, inflige a los piratas chinos que habían robado a súbditos portugueses, castigo éste que es ejercido indiferentemente sobre la población china como un todo, con tal saña y eficacia que el propio Faria, pintado como un modelo de *vir bonus* por el narrador, pasa a recibir, como si fuera un jefe corsario, comisiones de los mercaderes, que temían más su presencia que la de los piratas que infestaban el Mar de China. Como bien señala Rebecca Katz, “el efecto de conjunto de este reportaje confidencial tiene por intención deliberada la depreciación de la ideología de la Cruzada, puesto que pone en evidencia los motivos materialistas de las conquistas ultramarinas portuguesas”.⁸ A través de la consideración de episodios como los de Antonio de Faria, percibimos la distancia enorme, en términos de la postura ideológica del autor, que separa *Las peregrinaciones* de *Los Lusíadas*, poema considerado como un canto al espíritu de la cruzada lusitana en el Oriente.

Más allá de episodios como tales, también se puede decir que *Las peregrinaciones* comienzan con un relato que encierra una ver-

⁸ Rebecca Katz, *Sátira e anti-Cruzada na ‘Peregrinação’*, Lisboa, Instituto de Cultura e Língua Portuguesa, 1981 (*Biblioteca Breve*).

dadera alegoría de la precariedad del Estado portugués en un momento en el que se hacía a la vela por mares nunca antes navegados en busca de fama y fortuna. La primera imagen que el lector tiene de la peregrinación de Mendes Pinto es la descripción de su primer viaje marítimo, interrumpido por corsarios franceses que pretenden venderlo como esclavo a los moros de Larache, después de haber asaltado la embarcación en la que navegaba Mendes Pinto entre Lisboa y Setúbal, esto es, a las puertas mismas de la capital portuguesa. En esta narración, aparentemente ingenua, la seguridad de la ciudad de Lisboa es ironizada por el autor, que presenta la capital del imperio como indefensa ante el ataque de los piratas del norte, a pesar de las pretensiones de la monarquía lusitana, avallada por ideólogos como Camões, de ejercer el control sobre todos los mares del orbe. Este rapto del joven Mendes Pinto funciona como una alegoría tanto biográfica como metaliteraria: por un lado, ejemplifica su condición vivencial en el ámbito de un sistema que no puede, debido a sus contradicciones intrínsecas, velar por su integridad en un mundo en expansión caótica; por el otro, caracteriza en alto grado el tono de registro de dicción que el autor abrazará en su relato de principio a fin.

En la novela de Sigüenza y Góngora encontramos perfectamente señalados los elementos apuntados en *Las peregrinaciones*. En primer lugar, atendamos a las semejanzas entre los argumentos de ambos libros.

En *Infortunios de Alonso Ramírez* el héroe, un aprendiz de carpintero nacido en Puerto Rico —esto es, en el extremo oriental del virreinato de la Nueva España, que se extendía del Caribe a las Filipinas—, se traslada a la ciudad de México, así como Mendes Pinto a Lisboa, en busca de mejor fortuna. A imagen del narrador de *Las peregrinaciones*, este joven recién llegado a la más importante capital del imperio español en tierras americanas también experimenta lo que Sigüenza llama, en la dedicatoria de su novela al conde de Galve, una “peregrinación lastimosa”. El tono con que el sabio novohispano trabaja el discurso de su personaje en su relato —escrito, como *Las peregrinaciones*, en primera persona—, acompaña de cerca a aquel que usa Mendes Pinto para referirse a sí mismo: el patetismo que denota la expresión “pobre de mí” del portugués es emulado más de una vez en el relato de Sigüenza por el personaje-narrador que, debido a la situación de decadencia algo endémica de la capital de la Nueva España, es forzado a embarcarse en Acapulco con rumbo a Filipinas, en la barriga de una “Nao

de China'' que vinculaba anualmente a México con el comercio de los bienes orientales.

Apresado por piratas ingleses, junto a muchos compañeros, en otro galeón real que lo acepta como grumete y que no se encuentra en absoluto preparado para defenderse contra ataques externos, Alonso Ramírez es obligado, así como Mendes Pinto a acompañar a Antonio de Faria en sus piraterías, a servir a sus nuevos amos, que no sólo hacen burla del lastimoso estado del barco español, sino también del catolicismo romano de sus ocupantes, con ''mofa y risa'', como bien lo declaró el desdichado narrador. Así como la aprehensión de Mendes Pinto al comienzo de *Las peregrinaciones* metaforiza el estado del imperio portugués, la de Ramírez, a manos de los enemigos ingleses, tienen la misma función, a través del registro de la ironía velada, del *double-entendre*, ofrecer al lector suspicaz la crítica implícita de la imagen que de sí mismo hacía el imperio español, que Sigüenza y Góngora, súbdito privilegiado de su más importante virreinato, sin duda quería sugerir proponiendo una interpretación alternativa y, no está de más decirlo, alegórica.

Por otro lado, al contrario de *Las peregrinaciones*, totalmente desarrolladas en el Oriente, los infortunios de Alonso Ramírez, situados ciento cincuenta años después de los de Mendes Pinto, se desarrollan en un espacio mundializado, en el orbe conectado por Magallanes y que Camões supo incorporar a la geografía poética de *Los Lusíadas*. A lo largo de siete años (1682-89), el grumete, ex aprendiz de carpintero y esclavo accidental, deambula por el Pacífico, por el Índico y por el Atlántico, sirviendo, además de las funciones normales de un marinero, ya como cocinero o barbero, ya como traductor de sus impíos e inteligentísimos maestros protestantes, siempre, y contra su voluntad, en oposición a los intereses de la monarquía de la que era súbdito por nacimiento. En las costas de América del Sur, después de recorrer Brasil, uno de los piratas ingleses, Nicpot —clasificado irónicamente por el narrador como ''católico, sin duda alguna''—, da ejemplo de una magnanimidad poco usual entre los propios españoles y libera a Ramírez y a sus demás compañeros, quienes que, de allí en adelante, vagan durante meses entre las islas del Caribe, hasta venir a dar a la des poblada y desprotegida península de Yucatán.

En la novela de Sigüenza y Góngora encontramos una segunda intertextualidad, ya no con la obra de Mendes Pinto y sí con la *Utopía* de Tomás Moro, en lo que se refiere al aspecto narrativo del relato: después de su regreso a México, el personaje Alonso

Ramírez, a imagen del narrador del libro del gran humanista inglés, un marinero portugués llamado Ant3nio, relata sus aventuras al autor que, de 3sta manera, al mismo tiempo de eximirse por los valores de la relaci3n expresa, procura garantizar su desd3n ante los ojos de la siempre vigilante censura. Adem3s de este aspecto "estrat3gico", esta construcci3n garantiza a los *Infortunios de Alonso Ram3rez* una cierta simplicidad de dicit3n: como dice Antonio Castro Leal en el "Pr3logo" a la edici3n de la novela, "ha sido una fortuna que la narraci3n haya sido puesta en boca de Alonso Ram3rez, porque as3 Sigüenza y G3ngora se ha visto obligado a usar una prosa sencilla, de sintaxis coloquial y de l3xico ordinario, muy distinta de la que acostumbraba generalmente nuestro autor".⁹

M3s all3 de las semejanzas evidentes entre los argumentos de los *Infortunios de Alonso Ram3rez* y de *Las peregrinaciones*, hay cuan- do menos una gran coincidencia entre las posturas del autor en las dos obras, guardadas las proporciones que var3an seg3n la proclividad de cada uno de ellos y sus diferentes posiciones en sus respectivas sociedades de origen. Si 3stas dan cuenta de una mayor frescura en la obra del portugu3s aventurero —que se convirti3 en escritor apenas al final de su vida, despu3s de su vuelta a Portugal, y que probablemente habr3 escrito su relato movido tanto por el deseo de conseguir una buena pensi3n real como por el de hacer literatura—, si se compara 3sta con la novela un tanto m3s sentenciosa, y por tanto menos picaresca, del sabio mexicano —que decididamente tiene como finalidad escribir una obra en prosa de ficci3n al narrar las desdichas de su personaje, provengan 3stas de su cosecha o est3n basadas en las experiencias de un cierto Alonso Ram3rez de carne y hueso—,¹⁰ los valores hist3rico-literarios y literario-cr3ticos de los *Infortunios de Alonso Ram3rez* pueden ser comparados a los anteriormente mencionados en cuanto a *Las peregrinaciones*.

Si el relato de Mendes Pinto constituye el eslab3n entre la prosa medieval y la moderna en la literatura portuguesa, la novela de Sigüenza y G3ngora representa un papel hist3rico-literario similar: el de adaptaci3n de la gran prosa espa3ola del Siglo de Oro a las tierras americanas que se expresan en espa3ol. Aunque t3mido en

⁹ Cf. *La novela del M3xico colonial*, M3xico, Aguilar, 1964, p. 44.

¹⁰ En el referido pr3logo a la edici3n mexicana de *Infortunios de Alonso Ram3rez*, Antonio Castro Leal dice: "Puede haber sido Alonso Ram3rez como lo pinta Sigüenza y G3ngora, pero la forma en que lo presenta —real o no— es una obra de creaci3n. *Infortunios de Alonso Ram3rez* no s3lo es una novela, sino que puede considerarse la mejor novela de nuestra 3poca colonial".

los términos de puesta en escena de la imaginación literaria, el esfuerzo de Sigüenza, mientras tanto, no se resume en un trasplante puro y simple de las formas y de los discursos del tronco central español, si se considera incluso la posibilidad de que por detrás de la situación narrada en su novela se encuentra, tal como el *pentimento* que en un cuadro antiguo aflora con el tiempo, la figura alegre, jocosa y sorprendente del aventurero portugués. Si consideramos esta posibilidad tendríamos aun, en el caso de la relación entre *Infortunios de Alonso Ramírez* y *Las peregrinaciones*, una nueva manifestación de la mutua contaminación literaria intraiberoamericana a la que me referí arriba.

Aunque no sólo en lo que atañe al aspecto histórico-literario estas dos obras se aproximan. Tal vez más importante que éste es el valor literario-crítico, dado por el registro entre ingenuo e irónico, común a Mendes Pinto y a Sigüenza y Góngora, lo que estrecha estas obras, no exclusivamente entre ellas y sí y de modo inclusivo a todas las que afirman, en el espacio de la literatura, el ejercicio de la voz autoral como la demostración de la libertad individual frente a las imágenes que el poder engendra para pintarse a sí mismo con colores favorables. Hijo de un virreinato que, en el tiempo de escritura de la novela, presentaba ya algunas evidentes señales de desgaste —de “cerrazón al futuro”, como tan bien explica Octavio Paz en *El ogro filantrópico* y en la ya mencionada biografía de Sor Juana Inés de la Cruz—, el sabio mexicano habrá encontrado en la escritura de Mendes Pinto, digresiva, aunque no por esto menos contundente en su función de desenmascaramiento de la retórica imperial portuguesa, un modelo aún vigente, considerando las condiciones que lo rodeaban.

Es en el establecimiento de la analogía, distante y poco transitada por la historiografía, entre el Portugal de mediados del siglo xvi con la Nueva España del final de la dinastía de los Austrias, que podríamos explicar por qué un humanista novohispano habría buscado fuera de la tradición española de los libros de viajes —como por ejemplo, en la célebre *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, de Bernal Díaz del Castillo, contemporánea en el tiempo y semejante en el carácter oralizante del relato a *Las peregrinaciones*—, y sí en la literatura portuguesa, leída en el original o en la traducción “restaurada” de Herrera Maldonado (cuyo tono, además, se encuentra más próximo al circunspecto Sigüenza y Góngora que a Mendes Pinto), la inspiración de la novela fundacional de la prosa mexicana. Con este gesto, Sigüenza nos da una

prueba más de que los modelos literarios son eminentemente fluidos y, de modo especialmente significativo para nosotros, de que en el pasado hasta cierto punto oculto de las relaciones culturales y humanas entre ibéricos e iberoamericanos hay más en común de lo que estamos habituados a pensar.

Volvamos, por fin, a la cinemática imagen camoniana del principio. En el registro imaginario del ocaso del periodo en que Portugal y España cubrían con su organización imperial buena parte del globo, entre el margen americano del Pacífico y el asiático, desde el virreinato de la Nueva España, donde Sigüenza y Góngora, tal vez sabiéndose habitante de aquella "Temistitão" camoniana, al mirar el mar en Acapulco ve diseñarse en el horizonte la tierra de los infortunios de "su" Alonso Ramírez, se estableció, a través del cristal de la historia, un diálogo con el virreinato portugués de la India, de donde partió Fernán Mendes Pinto en busca del Oriente absoluto para cumplir su estrella de peregrino.

Traducción de Alma Miranda A.